

DANIEL SAMPER ORTEGA: HOMENAJE A SU OBRA

Escribe: GUILLERMO HERNANDEZ DE ALBA

Al mediodía de la jornada, cuando su patria, que hacía tres lustros le contemplaba apasionadamente entregado a su servicio, esperaba más y más de su coraje, de su voluntad sin desfallecimientos, de su variado pensar, soñar y realizar, fue vencido por crudelísima enfermedad que, a duras penas, permitió a los suyos regresarlo a sus queridos lares bogotanos donde pudo cumplirse el deseo más ferviente de su corazón: el que sus despojos fuesen amparados con la tierra, que por ser de su amada Bogotá, le brindaría tibiezas de nido.

Tal podía esperarlo, pues a ella consagró lo más logrado de sus empresas hasta darle el decoro de peregrino santuario de la sabiduría donde atesorar el pensamiento nacional y universal. Puesto el fundamento del edificio en difíciles días de la República, todo parecía indicar que en la mente juvenil del nuevo Director de la Biblioteca Nacional moraba la utopía y tenía asilo lo irrealizable. De tal manera habían pensado también cuando en plena juventud, luego de su formación humanística y castrense, dejó las presillas de teniente y pagando tributo a su linaje paterno se dio a especulaciones comerciales y en medio de ellas irrumpió empuñando la pluma de escritor. Los más lo vieron con sonrisa escéptica, pero cuando entregó a las prensas ese capítulo admirable de su autobiografía que se desliza entre el rumor de fronda de *El Cerezo*, los llamados a consagrarlo como nuevo caballero del ideal y de la novela abrieron paso a quien mojó la pluma en las tintas maravillosas de los celajes sabaneros para trazarnos el paisaje incomparable de la altiplanicie bogotana, poblada de sauces y cerezos, alisos y fresnos, chisgas, copetones, mirlas y paujiles; cruzada de regatos, poblada de lagunas, salpicada de vida campesina de inefable dulzura como su cielo sosegado y azul, delimitado por la visión maravillosa de las cordilleras que multiplican el eco prodigioso de tanta maravillosa vida, regalo de Dios.

Desde entonces, 1926, el nombre armonioso de Daniel Samper Ortega correría unido a toda nueva empresa de cultura que surgiera en la ciudad de sus mayores. Si bien el teatro y la novela constituyeron sus géneros predilectos acaso sus mejores logros estriben en semblanzas literarias y en ensayos y mejor aún en realizaciones de tanta envergadura como las que emprendió en 1928, a su regreso de la Madre Patria. Buscó en España los caminos más eminentes hasta parar en la cátedra de Fray Luis de León, en la gloriosa Universidad de Salamanca, donde, por vez

primera se escuchó la voz, disertada de un colombiano para ensalzar la estirpe hispana y decir su mensaje, expresión de su doble y exaltado patriotismo, español y colombiano. Pocos meses hacía había recogido en su patria los restos de su fugitiva fortuna para convertirlos en glorificación de las letras y la tierra colombiana. Reunió cuantos libros consideró dignos de representar el pensamiento nacional y cruzó el mar con ellos, en nueva aventura de descubrimiento.

Los comentarios artísticos y bibliográficos con que desde sus mocedades ilustraba las páginas de los principales periódicos y revistas bogotanos, dieron paso al ensayo madurado al amor de la rica biblioteca heredada de sus ilustres tíos José María Samper y Soledad Acosta de Samper. En el título de su primer transcendental estudio, ricamente editado en Madrid, resumió el derrotero de su fecundo e intenso vivir: *Colombia. Breve reseña de su movimiento artístico e intelectual*. A tan logrado epítome sucedieron estudios de tan alta calidad como Fray Luis de León y la Madre Castillo, o discursos de tan sonoras cláusulas, labradas con difícil esmero, como la *Raza del Romancero* y las demás oraciones académicas dignas de celebración.

De su experiencia española alcanzó la lección de la ignorancia universal sobre Colombia, y ante la indiferencia nacional y al estímulo de su bien puesto corazón no quiso ser en adelante otro cosa distinta del nuncio de la cultura nacional. Para ello era preciso despertarlo todo, renovarlo todo. Mejores días brillan en lontananza y en la dirección del Teatro de Colón inicia su tarea colombianista para proseguirla en la no menos feliz posición de Director de la Escuela de Bellas Artes de donde un gobierno afortunado lo sacó para ocupar el cargo para el cual todo lo tenía: dilatada cultura, ambición incontenible de servicio nacional, empuje y voluntad sin ejemplo. Ansiaba darse todo y cubrir con su noble tarea el panorama nacional. De mano de los libros se le brindaba ahora la oportunidad de iluminar hasta los más oscuros rincones de la patria. Lo agitaba el mismo ímpetu humano de José María Samper, vehemencia atemperada por el espíritu del otro José María que tan definitivamente influyó en su formación y en su manera, el inefable señor de "Casablanca", José María Vergara y Vergara, el historiador de las letras nacionales, de tan dulce corazón y amable trato que infundió en Samper Ortega el mismo regocijado espíritu de los "Mosaicos" y acendró en él ese amor entrañable a la patria y a sus glorias, convertido en acción por la virtud preclara del servicio social característica de la casa de Samper.

Una centuria hacía que la Biblioteca Nacional, arca maravillosa de todo pensamiento, yacía detenida. Las ciencias del libro habían hasta entonces guardado avaras sus normas en Colombia; reciente viento de renovación habían puesto en ella los hermanos Luis Enrique y Manuel José Forero, mas, apenas se nombraba a Dewey y con indiferencia ya no se atesoraba la producción bibliográfica nacional. Templo antiguo, colmado de penumbra; depósito inerte de sabiduría y de patria; refugio de contados eruditos, guardaba ocultas fuerzas constructivas que Samper Ortega adivinó y que hizo surgir enseguida hasta crear una nueva mística, la del libro y su arrolladora función social.

Los recursos modernos de la propaganda fueron puestos al servicio del noble Instituto; la estación Radiodifusora Nacional fue la voz infatigable de la nueva Biblioteca: sus ondas lanzaron al país estímulos de cultura; se honró el pasado como a raíz de la nacionalidad pero por sobre todo se preparó el porvenir, persuadido el Director de que está en nuestras manos iniciarlo. "La Biblioteca Nacional necesita edificio propio. ¡Ayúdenos!", fue el reclamo reiterado. Se planeó y realizó el censo cultural del país, tan necesario al desarrollarse la mística de la cultura aldeana. Encuestas fundamentales se lanzaron dondequiera; novecientas bibliotecas municipales, en ensayo increíble patrocinado por el pensador y gran patriota que, en armonía perfecta con el momento actual, regía el Ministerio de Educación, Profesor López de Mesa, el país vivió la etapa más intensa y productiva de su historia cultural. Nada fue sorpresa para Daniel Samper que desde el año de 1927 preparaba una empresa titánica, la *Selección Samper Ortega de literatura colombiana*, centuria impresa que encierra la más cabal expresión de las letras nacionales, lograda con tenacidad ejemplar como que ésta fue la más envidiable condición de tan ilustre colombiano que pudo con justicia considerar su biblioteca de autores colombianos como "la más extensa y completa que, con excepción de la española de Rivadeneira, haya publicado hasta hoy país alguno de habla castellana". Nada de cuanto entonces hizo tiene parecido en Colombia y cuanto ha seguido en materia de recopilaciones nacionales no ha sido sino una imitación, que no alcanza el mérito inapreciable de la tarea emprendida por el fervor de un hombre solo.

Desde el momento feliz para Colombia en que Samper Ortega penetró por la histórica puerta del edificio "de las Aulas" no tuvo un momento de sosiego, de reposo distinto al de animar simultáneamente las más variadas empresas de cultura. Coronó su ambición de novelista con la exquisita "*Zoraya. Una vida de amor y santidad*", a la que fió su prestigio de escritor y su renombre a través de las edades. Fundó la revista *Senderos*, que ocupa lugar eminente entre las de Colombia, órgano de su empresa magistral, la nueva Biblioteca. Despertó del letargo a la ilustre Academia Colombia de la Lengua a la que dio días dignos de memoria y la puso en camino de lo que ahora es: ejemplo hispanoamericano para las instituciones de su género. Promovió el establecimiento de la Academia de Bellas Artes, filial de la de San Fernando de Madrid y figuró entre los fundadores de la de Ciencias de la Educación, cenáculos de escogidos. La Academia de la Historia lo elevó a su presidencia en momentos de trascendencia histórica nacional, cuando se trataba de preparar y conmemorar dignamente el IV Centenario de la fundación de Bogotá, en cuya glorificación promovió publicaciones memorables, en cuya alabanza pronunció peregrina oración y para su decoro y ornamento la entregó el admirable palacio de la Biblioteca Nacional, digna coronación de su vida prócer; magno edificio logrado después de años de brega tremenda, luchando con la incomprensión y con la envidia. El 20 de julio de 1938 el presidente Alfonso López abrió el noble portalón, en ceremonia inolvidable cargada de grandeza, para inaugurar la nueva Biblioteca y con ella una exposición sui-generis, resumen de las inquietudes del infatigable bibliotecario nacional: una copiosa muestra internacional del libro y de las bellas artes, jamás repetida entre nosotros. Justificados

sobre manera los honores recaídos en el motor y promotor de tanta realidad fecunda. Aquella tarde la Cruz de Boyacá encontró holgado lugar en el generoso pecho de este verdadero héroe de la cultura, consagrado además con preseas internacionales de justo renombre.

Pero no fue el logro material del magnífico edificio su sola empresa; ella fue completa al preparar con el mismo esmero que lo hiciera con la magnífica dotación del Instituto, un grupo selectísimo de gentiles muchachas de la sociedad bogotana, que el afecto de todos bautizó con el mismo nombre de la magna colección literaria de Samper Ortega. Para ellas hizo venir de Norteamérica profesores eminentes en bibliotecología que establecieron las normas internacionales en el trato científico de los libros, su clasificación y catalogación y crearon la noble profesión bibliotecaria, tan floreciente en otras partes, comunicando vida inmarcesible a los libros que hasta hacía pocos años constituían acerbos desconocidos en las viejas salas coloniales de la que fuera Biblioteca Real de Santa Fe de Bogotá. El tesoro bibliográfico nacional, estudiado por peritos, se acrecentó hasta lo increíble desde los años en que Daniel Samper, vistiendo el overol obrero, pasaba horas inolvidables en el nuevo "Catatumbo" por él descubierto, que yacía en las húmedas y olvidadas salas bajas del antiguo edificio.

Bien difícil allegar el balance total de la obra de Samper Ortega, a quien Colombia no podrá jamás olvidar. La amable memoria del ilustre bogotano no podrá borrarse del recuerdo de quienes, a su lado, dimos testimonio de la calidad ejemplar de su tarea, de cuánto tuvo que vencer, de cuánto le costó hacer el bien. Sin considerar incomprendiones cada día más decidido por la tarea emprendida, si bien fue inevitable quedase en el sensible paladar del alma el sabor amargo de la lucha.

Una a manera de premonición de muerte y la angustia por la levedad del tiempo le acicatearon y apuraron hasta hacerlo alcanzar en una década cuanto se había propuesto. Jamás sabremos explicarnos por qué, alcanzada la meta, se alejó de su creación magistral que dejaba tan llena de grandeza, de luz y de horizontes. Retornó a las amadas aulas del Gimnasio Moderno que reclamó para Rector a su antiguo y celebrado catedrático. Allí también fue a crear: la primera facultad colombiana de economía, fue la obra postrimera de su afán por entender siempre la oportunidad de abrir nuevos campos profesionales requeridos por el desarrollo del país.

Leía un curso académico en la Universidad de Harvard cuando la robusta fortaleza física que envolvía su poderoso espíritu creador fue atacada, sin darle momento de reposo, hasta rendirla el 2 de noviembre de 1943, a la temprana edad de 48 años, cuando su clara inteligencia señalaba el cenit.